

DOS CARTAS DE JULIO CORTÁZAR A GRACIELA COULSON

Pedro Lastra

El envío de un trabajo escrito en colaboración para la revista *Nueva Narrativa Hispanoamericana*¹ fue el comienzo de una correspondencia algo intermitente pero siempre muy sugestiva entre Julio Cortázar y Graciela Coulson (1937-1980).

Graciela Coulson me proporcionó en su oportunidad una fotocopia de las dos cartas iniciales de esa relación, porque en ellas Cortázar se refería también a mí: en la primera, al comentar nuestra lectura de *Octaedro*, y en la segunda, al aludir cordialmente a un encuentro personal que no se produjo, ni entonces ni después, aunque sí hubo entre nosotros un breve trajín epistolar a propósito de mi edición de estudios *Julio Cortázar. El Escritor y la Crítica*² y de cierto intercambio de libros (su *Queremos tanto a Glenda*; mis *Noticias del extranjero*).

Pero las cartas más significativas son, sin duda, las que aquí se publican: más allá de la circunstancia que las motiva —expresiones de cortesía para sus críticos, que parecen haber sido una costumbre de Cortázar— ellas iluminan la génesis del cuento “Las fases de Severo” y las dimensiones poéticas de algunos textos de *Historias de cronopios y de famas*.

En el volumen editado por Taurus incluí los dos artículos que suscitaron las reflexiones de Cortázar: “El motivo del horror en *Octaedro*”, pp. 340-352, e “‘Instrucciones para matar hormigas en Roma’ o la dinámica de la palabra”, pp. 280-285. En la versión final de este último no aparece la nota 2 mencionada en la carta, y que remite al trabajo de Ignacio Anzoátegui titulado “El anti-Cortázar”. *Atlántida*, Buenos Aires, Núm. 1234, enero 1970, pp. 58-63.

Saignon, 6 de octubre de 1975

Amiga Graciela:

Muchas gracias por la separata con el estudio de Pedro Lastra y de usted sobre Octaedro. Una vez más, la crítica inteligente y sensible me enseña cosas de las que

¹P. Lastra y G. Coulson. “El motivo del horror en *Octaedro*”, *Nueva Narrativa Hispanoamericana*, Garden City, N.Y., Adelphi University. Vol. V, enero y septiembre de 1975, pp. 7-16. Graciela Coulson nació en Córdoba, Argentina. Comenzó sus estudios literarios en esa ciudad y los continuó en los Estados Unidos (en Indiana y en Washington University, St. Louis, Missouri). La conocí en el verano de 1970 como estudiante de un curso sobre el cuento hispanoamericano contemporáneo que dicté en Washington University. En 1980 era Profesora Asociada en el Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Florida, en Gainesville.

²Madrid, Taurus Ediciones, S.A., 1981. Hay una reimpresión de 1986.

yo no tenía idea clara, o bien me prueba en algunos casos que su propio poder de imaginación es tan grande como la del novelista o el cuentista, aunque parezca ejercerse en un segundo grado.

Esta referencia a la imaginación no es gratuita ni mucho menos, puesto que se ilustra con un notable ejemplo en el ensayo sobre mi libro. Estoy en general de acuerdo con las interpretaciones (o "visiones") de la mayoría de los cuentos, y acepto ese sentimiento de horror como dominante que ustedes han tenido al leer el libro. Pero una de las interpretaciones me ha dejado asombrado, y ahí es donde entra la imaginación del crítico; me refiero a Las fases de Severo. Ustedes establecen una impresionante serie de remisiones a los textos bíblicos, que convencerá a cualquiera. En mi caso, el convencimiento no interesa; sólo puedo decirles que escribí ese cuento sin la más mínima intención de parafrasear otra "pasión". El punto de partida, lo recuerdo bien, fue la imagen de una cara cubierta de polillas; como me ocurre en esos casos, hubo un doble proceso de retroceso y avance en un vertiginoso encadenarse de imágenes, y el relato se armó teniendo como bisagra central esa primera visión. Pero Cristo, el jardín de los olivos, San Lucas y San Mateo... nada podía estar más lejos de mi pensamiento consciente mientras escribía el cuento. Una vez más (y las pruebas abundan en mis libros, parece) los motivos profundos eran ignorados por el autor en el curso de su escritura; y por eso la interpretación de ustedes, aunque me asombra, me parece perfectamente plausible, y en todo caso muy bella.

Ojalá pueda darme una vuelta para encontrarnos personalmente. Mi visa está en trámite, y sólo el 17 de este mes sabré si me la conceden, pues el consulado norteamericano me contempla con un aire de espanto bien educado que sería regocijante si en el fondo no fuera tan siniestro. Pero como les he proporcionado copia de todas las invitaciones académicas recibidas, que son legión, creo que los impresionará en alguna medida.

Hasta pronto, espero, y gracias otra vez por el ensayo. Un abrazo a los dos,

París, 3 de febrero de 1976

Mi querida Graciela:

Tengo aquí tu carta, tu "formicología" y el libro de Friedrich, tres cosas que te agradezco mucho y que me dan mucha alegría.

Empiezo por decirte que cuando llegué a Nueva York, hice todo lo posible por encontrar a Pedro Lastra, pero el teléfono que me habías dado (el del departamento hispánico de Stony Brooks) guardó un silencio jamás quebrado. Llegué a creer que no sabía manejar los teléfonos norteamericanos, pero una amiga lo hizo por mí y el resultado no fue mejor. Dile a Lastra, pues, que lamento mucho el desencuentro; en realidad debí haberle enviado unas líneas, pero como conservaba la esperanza de encontrarlo por teléfono, al final ya se hizo demasiado tarde para escribir.

Tu carta y las otras cosas se quedaron a último momento en mi hotel de Los Angeles, y Susana Castillo las recogió luego de mi partida y me las envió a París. Te lo digo, porque también esto forma parte de una rara cadena negativa que parece haber hecho todo lo posible por mantenernos a la distancia.

Pero como se diría en un novelón: ¡Eso... no lo conseguirá jamás!".

Mis hormigas romanas están encantadas con el tratamiento de que las has hecho objeto. Yo también, porque nunca había leído nada dentro de esa línea analítica, y como me ocurre muchas veces, me enteré con sorpresa y provecho de una cantidad de detalles internos de ese texto, detalles de los que no tenía la menor idea. Por ejemplo, las formas rítmicas allí presentes. Y esto me lleva a decirte que tenés plenamente razón en tu enfoque de ese texto, porque al igual que otros del mismo libro (sobre todo "Historia con un oso blando") recuerdo que lo escribí partiendo de un puro encantamiento o incantación verbal, dejándome ir desde una primera célula sonora de donde se iban desprendiendo nuevos ritmos-imágenes (las dos cosas se volvían una sola en la medida en que nacían juntas). Que hayas evitado toda "falacia intencional" me parece un acierto completo, pues los que caen en ella y tratan de probar cuáles eran mis intenciones o mis fuentes, tienden a macanear hasta un grado cómico.

Ya ves que me gusta mucho tu trabajo, y que me agradaría verlo publicado. Ah, un pedido. Citás una crítica de Anzoátegui aparecida en tlántida (tu nota N° 2). Si alguna vez pudieras hacerme llegar una fotocopia, te lo agradecería pues no la conozco pero en cambio conozco la "línea" del autor y me interesaría leer su texto. Si no está a mano no tiene ninguna importancia.

Lástima, Graciela, que no pudimos charlar más en Norman, incluso en aquel horrendo salón de la Sooner House donde la alfombra peluda se trepaba hasta lo alto del bar. Ustedes eran muchos, y yo estaba solo y cansado, de modo que mis diálogos fueron pobres e insatisfactorios. Pero pienso que volveremos a encontrarnos aquí o allá, y que entonces dialogaremos mejor. Espero que puedas trabajar en la antología, y me gustará recibir tus noticias de cuando en cuando.

Un saludo muy cordial a Pedro (escribí Lastra pero lo escribía mal, lo taché, se hizo un enorme borrón, y entonces comprendí que lo que la máquina quería decirme era que no fuese tan formal y que escribiera Pedro nomás, cosa que hago), y para vos un abrazo de tu amigo